



Trovador provenzal, Saint Géraud Albigois, s. XI, Biblioteca Nacional de París.

Una cualidad divina del hombre

La musicalidad y la religiosidad de la palabra

No resulta extraño comprobar cómo las primeras manifestaciones literarias de casi todas las culturas se han expresado en verso. La razón de esto hay que buscarla, sin duda alguna, en la facilidad memorística que ofrecía un género muy vinculado a lo musical en unos tiempos en que no existía la dimensión escrita, ni la facilidad de transmisión que aportará más tarde la imprenta. Tampoco extraña, por tanto, que gran parte del contenido de estos primeros textos tenga carácter religioso. En aquella época remota en la que la palabra aparece vinculada a la Divinidad y en la que se considera una cualidad divina del hombre, los poemas adquieren la dimensión de algo mágico,

reservado sólo a los iniciados. También el cristianismo desde sus orígenes emplea el poema, el himno y la plegaria como forma de oración o alabanza dirigida a Dios. En los siglos posteriores, música y palabra seguirán con frecuencia caminos separados y ésta última, debido a su facilidad para rozar la parte menos racional del hombre y por su cualidad rítmica, servirá, a través del tiempo, de cauce perfecto para que el hombre se comuniqué con Dios y exprese a sus hermanos su experiencia.

EDAD MEDIA

El rostro popular de lo religioso

En el siglo XIII surge una escuela de carácter erudito, conocida con el nombre de "Mester de Clercía" que se convierte en vulgarizadora de temas religiosos, dirigiéndose al pueblo llano en su propia lengua romance, aunque cuidando más la expresión. Entre estos letrados hay que llamar la atención sobre **Gonzalo de Berceo** (1195, † después de 1264), que en su obra *El duelo que fizo la Virgen María el día de la pasión de su fijo* recoge el culto a la Virgen. A pesar de que el texto comienza de manera dialogada entre san **Bernardo** y la Virgen, la mayoría de la obra está constituida por el monólogo de ésta, interrumpido en dos ocasiones por **Jesús**, que le recuerda a su madre el sentido de su muerte. En la primera, Je-

Yo e tú, Madre mía,
yo sufriendo las penas
deven todas las gentes
lacdrar tú e tu Fijo

lo devemos gostar,
e tú el grant pesar;
por ende te loar,
por las almas salvar.

Madre, será aína
lo que mandó el Padre
los vivos e los muertos
será el tu grand planto

el vaso agotado,
aína recabddado,
todos nos avrán grado,
en gran gozo tornado.

(...)

Madre -disso el Fijo-
Seré vivo contigo,
Visitaré primero
Desende a don Peidro

de oy a tercer día
verás grant alegría,
a ti, Virgo María,
con la su compañaia.

El duelo que fizo la Virgen María el día de la pasión de su fijo,
Gonzalo de Berceo



sús afirma, entre otras cosas: "Yo e tú, Madre mía...". En la segunda intervención, Jesús le hablará a su madre de la esperanza que se esconde detrás del dolor de la separación: "Madre -disso el Fijo-...".

Un fresco del evangelio

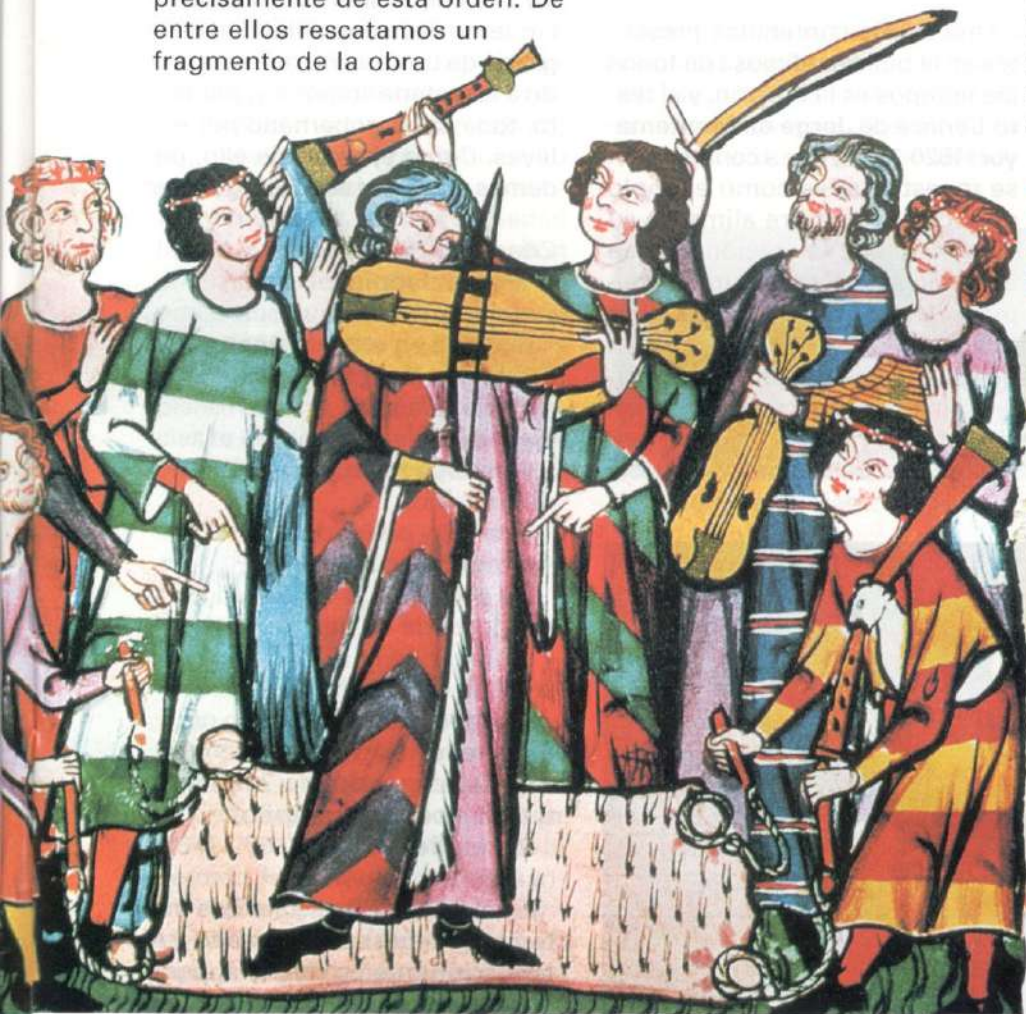
En el siglo XV la poesía religiosa alcanza un desarrollo notable y una vez que se destierra la hagiografía propia de los siglos anteriores, los poemas religiosos se centran en el evangelio. Estas nuevas tendencias vienen a coincidir con la reforma del franciscano **Cisneros**. De aquí que los principales cultivadores de esta corriente sean precisamente de esta orden. De entre ellos rescatamos un fragmento de la obra



Virgen de la Servilleta, Murillo, 1664-1666, Museo del Prado (Madrid).

La noche santa de fray **Ambrosio Montesino** († 1512?). En este poema se nos presenta un delicioso fresco de la inquietud de la Virgen ante el próximo nacimiento de su hijo. La Virgen se debate entre su actitud de madre ante la fragilidad de un recién nacido, hijo pequeño al que hay que querer y proteger, y la conciencia de la paternidad sobre él de un Dios que le ha llenado de su sabiduría y le ha enviado a salvar a toda la humanidad. Por ello, la Virgen se nos presenta humana, cargada en su interior de las

preguntas que cualquier mujer se hubiera hecho en su lugar. Madre entre madres, aparece reflejada llena de ternura y con el deseo que tiene toda madre: ver pronto el rostro de su hijo. Una poesía que se cantará después durante siglos.



No la debemos dormir /
 La noche santa, /
 No la debemos dormir /
 La Virgen a solas piensa /
 Qué hará /
 Cuando al Rey
 de luz inmensa /
 Parirá; /
 Si de su divina esencia /
 Temblará, /
 O qué le podrá decir... /
 También piensa si le hable /
 En gran seso, /
 Por ser el Dios perdurable /
 De amor preso; /
 O si por hijo entrañable /
 Le dé un beso /
 Cuando le vea reír... /
 Deseaba esta Señora /
 Ver cuál era /
 La cara remediadora /
 De la tierra, /
 Que en su vientre
 se tesora /
 De manera, /
 Que es miraglo
 de sentir (...) ♦